

fronteras de 1790 nada se dijo ni directa ni indirectamente, y ningún negociador del mundo, á no ser Napoleón victorioso, hubiera alcanzado una concesión sobre este particular. Efectivamente, de que no se cambiasen estas fronteras dependían para Inglaterra la creación del reino de los Países Bajos, para el Austria la restitución del Tirol y de la Italia, para la Rusia la adquisición de la Polonia y para la Prusia la de la Sajonia; dependían de ello, como decimos, porque era imposible procurarles estas satisfacciones sin dejarnos sin todo lo que nos iban á quitar á la izquierda del Rhin. Por tanto no hubiera sido razonable tratar de hacer cambiar aquel principio; hubiera sido emplear inútilmente una tenacidad de carácter que podía aplicarse á otro fin con mejor resultado. En vista de esto se guardaron de discutir un punto ya resuelto, y se dirigieron los esfuerzos á buscar los medios de señalar esta frontera de 1790, cuyo mejoramiento nos habían tan formalmente anunciado.

En pleno consejo real se dieron á Mr. de Talleyrand ciertas instrucciones, se le recomendó muy particularmente que buscara el medio de conseguir el millón de súbditos prometidos hacia el Norte de Francia, y de no aceptarlo al Sudeste, es decir, en Saboya. La casa de Saboya, que iba á ser restaurada al mismo tiempo que la de Borbón, era para Luis XVIII una casa pariente y amiga, de la que le repugnaba recoger los despojos. A esto debemos añadir que nuestra antigua frontera tenía más necesidad de fortalecerse al Norte que al Mediodía. Por otra parte se encargó á Mr. de Talleyrand que exigiese la restitución íntegra de nuestras colonias, y que no consintiese en el pago de ningún tributo de guerra.

La idea de desear al Norte y no al Mediodía el aumento de población prometido, aunque inspirada en parte por preocupaciones de familia, era muy acertada. Con efecto, se podía, sin traspasar el límite indicado de un millón de almas, mejorar nuestra frontera, y sin hacerla tan rica en territorio ni tan fuerte como la de nuestros vecinos, hacerla casi tan defensiva. Llevándola hacia adelante y haciéndola pasar por los puntos siguientes: Nieuport, Ypres, Courtray, Tournay, Ath, Mons, Namur, Dinant, Givet, Neufchateau, Arlón, Luxemburgo, Sarrelouis, Kaisers Lautern y Spira, podíamos asegurarnos una frontera, no sólo más extensa, sino más sólida, puesto que al magnífico cerco de plazas fuertes que poseíamos hubiera añadido el de las plazas fuertes belgas.

A la célebre fortaleza de Luxemburgo hubiéramos aumentado la importante posición de Kaisers-Lautern en los Vosgos y la plaza de Landau sobre el Rhin. Esto era una verdadera indemnización de la línea del Rhin y una inmensa mejora con relación á nuestra riqueza territorial de 1790. Semejante frontera hubiera merecido por sí sola que se hubiese trabado más de una batalla para conseguirla.

Los dos negociadores que ayudaban á Mr. de Talleyrand para los detalles, Mr. de Laforest y Mr. de Osmond, designaron con mucha inteligencia sobre el mapa este nuevo trazado. Le propusieron á los negociadores en la primera reunión que celebraron, á la que no asistió Mr. de Talleyrand porque se reservaba para la acción personal que debía ejercer sobre los monarcas

y los ministros aliados y la apoyaron con una memoria sólidamente razonada. En esta memoria recordaban que se había pública y reiteradamente prometido dejar á la Francia grande y fuerte, que se había formalmente hablado de concederla un aumento de un millón de habitantes, y sostenían que si no se quería destruir todo equilibrio, era preciso que en vista del acrecentamiento que se habían proporcionado todas las potencias de Europa, después de la distribución de la Polonia, no fuese Francia la única condenada á quedar tal como estaba á fines del último siglo.

Apenas escucharon su lectura los comisionados extranjeros, y examinado el mapa, clamaron vivamente contra nuestras pretensiones y se mostraron sorprendidos de ellas, como una cosa inesperada que jamás hubieran podido prever. Según dijeron, no se les había hecho mención más que de las fronteras de 1790, ignoraban si de palabra se había prometido ningún aumento, y en cuanto á ellos afirmaban que oían hablar de esto por la primera vez, careciendo por lo tanto de instrucciones sobre el particular. Sólo el comisionado inglés, entrando un poco en el fondo de la cuestión, hizo notar que concediendo el aumento indicado se dislocaría á la Bélgica, lo que sería faltar á los compromisos contraídos con los belgas de no dividir su territorio y de no darles diversos dueños. Nuestros negociadores respondieron que si los belgas no habían tenido gran deseo de pertenecer á la Francia bajo la dominación de Napoleón, á causa de las quintas y de los derechos reunidos, no sucedería lo mismo bajo el reinado de los Borbones; que entonces habían cambiado totalmente; que los que quedasen perteneciendo á la Francia no pensarían de ningún modo en reclamar, y que en todo caso los que reclamarían serían los que podrían adherirse á la Holanda, aserción que llegó á ser exactísima desde que los belgas tuvieron á su lado á las tropas alemanas é inglesas y reflexionaron acerca de la suerte que les estaría reservada al ser los súbditos de una potencia protestante. Nuestros adversarios no replicaron nada y ni siquiera alegaron la única razón que hubieran podido hacer valer, la de que la Francia hubiera tenido de este modo, además del circuito de sus plazas fuertes, el de las plazas belgas, dejando sin fronteras al futuro reino de los Países Bajos. Los representantes aliados buscaron la evasiva manifestando un inmenso asombro y diciendo que nuestras pretensiones eran tan nuevas, tan poco previstas, que les era imposible discutir las porque ninguno estaba preparado para ello. Evidentemente era preciso separarse para dar cada cual cuenta de lo que pasaba á sus respectivos superiores.

Los comisionados franceses confiaron á Mr. de Talleyrand la impresión que había producido su primera proposición y éste se vió obligado á abordar la cuestión con los personajes esenciales, monarcas ó ministros, que decidían soberanamente en los negocios europeos. Unos y otros le habían hecho promesas al negociar el convenio del 23 de abril, cuando deseaban alcanzar la evacuación de las más importantes posiciones fortificadas, pero habían sido promesas vagas, y si se ponían en duda apenas quedaban medios de reclamar contra una falta de fe cuya sola alegación parecía un ultraje. Además, empleando toda su fuerza contra la ausencia del

favor de los soberanos extranjeros, no quedaba Mr. de Talleyrand completamente libre para hablarles con la mayor energía como hubiera sido preciso hacerlo para tener la suerte de ser oído.

Mr. de Talleyrand celebró varias entrevistas con lord Castlereagh, con Mr. de Nesselrode y con Mr. de Metternich, los tres únicos personajes que podían ejercer alguna influencia en la concesión. Lord Castlereagh representaba la nación á la que Luis XVIII había manifestado mayor gratitud y de la que debía esperar alguna consideración. Nada se consiguió de ella. Mr. de Talleyrand encontró al ministro inglés sencillo, amigable, pero invulnerable como lo son los hijos de la Gran Bretaña cuando se trata de sus intereses. La Inglaterra estaba decidida á constituir la monarquía de los Países Bajos, y cuando apenas creía llenar su objeto adhiriéndola la Bélgica, de ningún modo hubiera contribuido á debilitarla quitándole sus plazas fuertes. Siempre tenía presente el recuerdo del bloqueo continental y se esmeraba en cerrarnos el paso del litoral.

A esto hay que añadir que, sin decirlo, quería indemnizar á la Holanda de las colonias que se aprestaba á segregarla y especialmente del cabo de Buena Esperanza. Lord Castlereagh se mostró, pues, absoluto con formas muy corteses, pero sin dejar entrever la menor esperanza. No la hacían concebir mucho más la actitud de Mr. de Nesselrode y de Mr. de Metternich, por más que no tuviesen interés en este asunto, y ciertamente no lo tenían, puesto que ni la Rusia ni el Austria daban importancia á la cuestión de limitar nuestro territorio por el lado de los Países Bajos. Mr. de Talleyrand notó muy poco celo en Mr. de Nesselrode, quien reflejaba con suma exactitud las disposiciones de su señor. La altivez de Luis XVIII, su escasa solicitud en satisfacer á la Rusia respecto de los varios favores que le había pedido, y sobre todo el espíritu que parecía animar á los Borbones, habían disgustado mucho al emperador Alejandro. Mientras que Luis XVIII se había apresurado á conferir el cordón azul al príncipe regente de Inglaterra, ni siquiera había pensado en ofrecerlo al emperador de Rusia, que había sido el principal promovedor de la caída de Napoleón y de la restauración de su familia. Alejandro profesaba un vivo afecto á Mr. de Caulaincourt, y cuando trató, por supuesto sin que lo solicitara este noble personaje, cuando trató de alcanzar para él el favor regio, apenas le dió oídos Luis XVIII. Se había pensado unir al duque de Berry con la gran duquesa Ana, la misma que debía haberse enlazado con Napoleón, y la familia restaurada no demostró tener por esta unión el menor interés, aun cuando hablase de ella alguna que otra vez. En vista de todo esto, el entusiasmo de Alejandro se entibió, y decía con gusto á sus aliados que no estaba seguro de que se hubiese alcanzado el mejor partido para la Francia y para la Europa con la restauración de los Borbones.

No se podía esperar de parte de los rusos más que frialdad, y esto efectivamente fué lo que se halló en ellos. Algo más debíamos esperar de Austria. Con efecto, si en la nueva corte de Francia se decía que Alejandro á pesar de su talento no tenía sentido común y que era al mismo tiempo demasiado pródigo de consejos, se alababa por el contrario la sabiduría y reserva del emperador de Austria, quien ni era liberal ni se

apresuraba á dar consejos á los que no se los pedían, y aprobaba que no se concediese á los franceses más que la menos libertad posible. También desde hacía algún tiempo se entendía mejor Luis XVIII con el suegro de Napoleón que con ningún otro de los monarcas aliados. Mr. de Metternich se mostró afectuoso, amigable, muy predispuesto en favor de los Borbones, á los que, según decía, era preciso guardarse de hacer impopulares; pero á pesar de esto, pareció extremadamente confuso. El Austria se había unido íntimamente de nuevo á la Inglaterra, su antigua y constante amiga, sobre todo desde que la Rusia había adquirido tanta preponderancia. Estaba de acuerdo con ella y esperaba su apoyo sin reserva para los asuntos de Italia. Así es que habiendo manifestado la Gran Bretaña su voluntad formal de contenernos en las fronteras de 1790, no podía oponerse á este deseo. Mr. de Metternich dejó comprender que su soberano no tenía ninguna razón personal para negarnos una extensión territorial hacia la Bélgica ó hacia las provincias rhinianas, pero al mismo tiempo indicó que la voluntad de Inglaterra sería exactamente la del Austria. No negó por completo el millón de almas prometido, pero dijo que esto estribaba en la manera de comprender las palabras; que el millón podía no significar más que quinientas mil almas; que en él debían comprenderse los habitantes de Avignón y del principado de Montbeliard, añadidos al territorio de 1790; que se podía sin duda tomar algún terreno al Norte, pero que nos debíamos extender sobre todo hacia la Saboya, y que cuando hubiéramos recogido aquí y allá quinientas mil almas más, podría decirse que ellas formaban un millón; que aquello no era para las potencias una cuestión de amor propio; y que no desmentirían al gobierno francés, si, para popularizar á los Borbones, anunciaba públicamente que había adquirido un millón de súbditos más de los comprendidos dentro de las fronteras de 1790.

Era evidente que íbamos á encontrarnos sin apoyo, porque la Prusia no se entrometería en este asunto, ó si se entrometía sería contra nosotros. Este país se preparaba á suscitar cuestiones de dinero, á las que era especialmente afecto, y no quería ponerse mal con ninguno de sus aliados. No era posible, pues, esperar nada de nuestros vencedores.

No quedaba otro medio á Mr. de Talleyrand más que el de recurrir al consejo real para darle cuenta de lo que sucedía y recibir sus órdenes. Ya hacía algún tiempo que un desenfreno universal, y es necesario reconocerlo, injusto, se había suscitado contra el convenio del 23 de abril, por el que abandonamos la mayor parte de las mejores plazas europeas. Es verdad que con este convenio sufrimos un doloroso engaño, porque queriendo con él hacer cesar más pronto los males de la guerra, no conseguimos abreviar un solo día los sufrimientos de las provincias invadidas. Pero la intención había sido leal y todo el mundo había participado de ella, mientras que después se querellaban lo mismo el público imparcial que el interesado y descontentadizo, y lo que aún es más extraño, hasta el consejo mismo abundaba en estos sentimientos, y cuando Mr. de Talleyrand expuso la falta de buena fe de que debía quejarse, casi todos los asistentes echaron la culpa de lo que ocurría al convenio del 23 de abril que nos había desprovisto

de todas nuestras prendas, como si ellos mismos no hubieran sido los primeros en aprobarle unánimemente. El duque de Berry, con su impetuosa acostumbrada, exclamó sin reparar en que acusaba á su padre, que entonces se recogía el fruto de la falta que se había cometido al firmar con tanta precipitación aquel funesto armisticio. El rey miró maliciosamente á su hermano y á su sobrino y pareció aprobar las palabras de este último. El conde de Artois, vivamente afectado, dijo que en la ocasión presente se podía hablar como mejor se quisiera del citado convenio, pero que en los primeros momentos el gobierno había hecho lo que había podido y que los que le censuraban no habrían obrado con más acierto en su lugar. El príncipe pudo muy bien añadir que la idea de apresurar la evacuación del territorio dominaba entonces los ánimos de tal manera, que el día en que firmó el convenio nadie le hizo la menor objeción, ni en el consejo ni en ninguna otra parte. Se contentó con manifestar una viva aflicción, la aflicción de un excelente hombre que recibe el mal sin devolverle, y se convino en que se había perdido todo al firmar demasiado pronto y sin compensación el convenio de 23 de abril. Mr. de Talleyrand, que era su autor, no contestó á los ataques de que fué objeto más que con un silencio glacial y desdeñoso.

Pero los que criticaban el convenio del 23 de abril iban á cometer una falta semejante, es decir, una falta de premeditación. Desde el momento en que se supo que no se alcanzaría nada de lo que nos habían prometido, sólo quedaba un recurso que emplear al consejo, el de dirigirse por sí mismo al congreso que debía resolver al cabo de algunos meses en Viena las grandes cuestiones europeas. El armisticio bastaba por el momento, porque trazaba una frontera temporal, la de 1790; exigía que cada cual se retirase sin combatir en aquella frontera; nos devolvía trescientos mil hombres que podíamos tener preparados, y si las potencias estaban ansiosas de terminar las cuestiones que nos concernían, no podían alegar ninguna razón para decidir antes sobre ellas mismas. Nosotros, por el contrario, teníamos una razón incontestable que hacer valer, la de que los sacrificios exigidos á la Francia tendrían un resultado diferente, según el uso que se hiciera de los territorios que abandonaba; la de que reduciéndose todo á cuestiones de equilibrio, necesitaba saber antes de aceptar la situación que se le designase, la que se designaba á las demás naciones. Nada podía oponerse á este argumento, y la Francia hubiera tenido grandes ventajas presentándose en Viena sin que su suerte hubiese estado fijada, porque en medio de las divisiones que iban á suscitarse inevitablemente entre sus opresores, encontraría aliados que la ayudasen á alcanzar más de lo que la habían ofrecido. Es cierto que este mismo motivo debía inclinar á las potencias á resolver cuanto antes las cuestiones relativas á la Francia, pero este deseo no lo hubieran confesado, y con alguna energía se hubiera podido conseguir que todo quedase aplazado hasta la constitución del congreso de Viena. En todo caso, hubiera bastado que la Francia no hubiera querido firmar nada, para que no hubieran podido obligarla.

Sólo un hombre comprendió en el consejo real la conducta que se debiera haber seguido en aquellas circunstancias. Este hombre fué el general Dessoles.

«¿Para qué, dijo, resolver hoy? No seremos en Viena menos fuertes porque nos presentemos allí sin estar irrevocablemente fijada nuestra suerte. No se pondrán de acuerdo sobre la parte que cada cual querrá tomar, se nos necesitará y nosotros encontraremos entonces aliados. Hay, pues, algunos motivos para que se nos trate mejor, y no hay ninguno para que se nos trate peor que ahora.» Esta observación llena de sagacidad no fué oída de nadie, porque cuando una preocupación exclusiva domina los ánimos, los obceca hasta el punto de no dejarles comprender las ideas más naturales. Concluir la paz, publicarla, hacer gozar de ella al país, vanagloriarse de haberla conseguido, era la pasión, el deseo del momento, como un mes antes lo había sido el de alcanzar la evacuación del territorio. Y sin embargo, quedaba un medio de reparar la falta de precipitación que cometieron el 23 de abril; tal era el de marchar con una prudente lentitud en los asuntos de actualidad y la abnegación de aplazar á seis meses después una solución que se deseaba dar inmediatamente. Se ordenó, pues, á Mr. de Talleyrand que aceptase las cosas como las proponían y que desistiese del plan de limitación propuesto por nuestros comisionados. Una vez abandonada la línea avanzada de las plazas belgas, la cuestión de la frontera perdió casi toda su importancia, y no se trató más que de hacer algunas rectificaciones que pudieran proporcionar á la nuestra un trazado más regular, y de que nos concedieran algunos centenares de miles de súbditos de aumento, con una ó dos plazas fuertes de tercer orden, pero nada que supliere en valor á Mons, á Namur, ó á Luxemburgo.

Después de algunos días de discusión se accedió á estas rectificaciones, que, á pesar de su escasa importancia, no eran de despreciar. Entre Maubeuge y Givet formaba nuestra frontera de 1790 un sesgo que hacía quedar fuera de la demarcación á Givet. Desde este punto, de Maubeuge al de Givet, se trazó una línea ligeramente convexa que suprimía el sesgo y nos daba dos plazas además, Philippeville y Mariemburgo. Dejando aparte á Luxemburgo, se trató de llegar hasta el Sarre conservándonos á Sarrelouis. Por último, sin conseguir el importante puesto de Kaisers-Lautern, se tomó un término medio entre la línea que nosotros deseábamos y la marcada en 1790, y se adoptó el curso del Queisch, lo que nos proporcionaba una rectificación de algún valor, porque en vez de quedar Landau como en otro tiempo aislado en medio del territorio alemán, quedaba completamente adherido á nuestro territorio.

Á pesar de estos aumentos y de los de Montbeliard y de Avignón, que no se querían devolver ni al imperio germánico ni á Roma, no adquiríamos todavía ni la mitad del millón de almas, del que podíamos hablar sólo á condición de renunciar á él. El complemento se buscó al Este y al Mediodía, es decir, en Suiza y en Saboya. Se nos dieron algunos terrenos del país de Gex alrededor de Ginebra, y después trazando un límite que dividía á la Saboya se nos adjudicó á Chambéry y Annecy. Esta frontera valía mucho menos que lo que habían pedido nuestros comisionados y que debían habernos dado como una indemnización por todo lo que habíamos perdido, pero tal como era, después de todo, valía más que la de 1790 en la que volvimos á tener que limitarnos más tarde, como castigo por los sucesos de 1815. Ven-

cidas aquellas dificultades, gracias á nuestra resignación, podían surgir otras con motivo de los arreglos generales europeos, de los que habían querido excluirnos con el tratado de Chatillon, pero acerca de los que no se podía tener la pretensión de no consultarnos después del restablecimiento de los Borbones.

No hay duda de que se deseaba esta exclusión, pero nadie se hubiera atrevido á manifestar semejante deseo. Se formularon, pues, algunos principios generales, constituyendo garantías demasiado vagas relativas al futuro equilibrio europeo, y estos principios fueron los siguientes:

Los Estados de Alemania serían independientes y estarían unidos por un lazo federativo.

La Holanda, bajo la soberanía de la casa de Orange, recibiría un aumento de territorio y no podría estar jamás bajo la soberanía de un príncipe extranjero.

La Suiza, independiente, continuaría gobernándose por sí misma.

La Italia, fuera de los límites de los países que volverían á ser del Austria, se dividiría en Estados soberanos.

Pero en todos estos arreglos europeos, anunciados de una manera tan sucinta, había una cosa que se guardaban de dar á conocer al público; tal era las proporciones en que serían distribuidos á los principales coparticipes los territorios segregados de la Francia. Se nos reservó el triste honor de hacernos esta confianza, pero por medio de artículos secretos destinados más bien á ligarnos que á consagrar nuestra influencia. He aquí lo que decían estos artículos:

«La Holanda recibirá los terrenos cedidos por la Francia entre el mar, la frontera francesa de 1790 y el Mosa.

»Los lugares cedidos por la Francia en la ribera izquierda del Rhin servirán de compensaciones para los Estados alemanes.

»Las posesiones austriacas en Italia quedarán limitadas por el Po, el Tesino y el Lago Mayor.

»El rey de Cerdeña será indemnizado por la parte de la Saboya adjudicada á la Francia con el territorio de la antigua república de Génova.»

Así es que con arreglo á estas bases la Bélgica toda entera debía volver á poder de la Holanda; la Baviera debía recibir una parte de los antiguos electorados eclesiásticos en cambio del Tirol, restituido al Austria; el Austria debía adquirir, además de sus antiguos Estados, todo el territorio de la república de Venecia; y por último el reino de Cerdeña debía absorber á Génova, quedando de este modo considerablemente disminuída la población de los Estados independientes. Con respecto á Sajonia y á Polonia nada se había acordado, porque este era un asunto que nadie se atrevió á abordar previendo tanta avidez de un lado como resistencia del otro.

Quedaba por resolver la cuestión de las colonias. Allí era donde parecía que conseguiríamos resarcirnos de nuestros sacrificios sobre el continente europeo ó donde por lo menos, si no recibíamos aumento, no sufriríamos disminución. La restitución de nuestras colonias era una cosa natural; pero no habíamos llegado al término de nuestros sacrificios, y como dijo uno de nuestros negociadores, Mr. de Laforest, *se nos daba el acibar gota á gota.*

Desde luego se habló de la Martinica, de la Guadalupe (esta colonia iba á ser retirada á la Suecia para sernos devuelta); se habló igualmente de la isla de Borbón en el mar de las Indias; de todas ellas se habló como de posesiones cuya restitución no era dudosa. Pero entretanto no mencionaban á la isla de Francia, esta Malta del Océano Índico. ¿Qué pensaban hacer de ella? Nada nos decían. Por fin nos explicaron su propósito. La potencia que había tomado el cabo de Buena Esperanza á su aliada la Holanda, la que faltando á su fe había arrebatado á la Europa la isla de Malta, declaró que entre el cabo y la isla necesitaba la isla de Francia, porque este era el derrotero de las Indias. Consentía en dejarnos la isla de Borbón que estaba franqueada; pero la isla de Francia, la grande fortaleza de aquellos mares, quería absolutamente conservarla. ¿Cómo oponerse á esta pretensión cuando nosotros no teníamos un solo aliado, cuando habíamos herido la susceptibilidad del emperador de Rusia y le habíamos descontentado en todo, á pesar de ser el solo que nos hubiera podido auxiliar? El único recurso que nos quedaba en vista de esto era el de renunciar á proseguir las negociaciones, el de emplazar con indignación estas numerosas faltas de justicia ante la Europa reunida en Viena, ante la Europa más ilustrada por el profundo examen de todas las cuestiones y sobre todo por el desbordamiento descarado de todas las ambiciones. Desgraciadamente no se pensó en tomar este partido.

Se dió parte de estas nuevas exigencias al consejo real y la consternación que produjeron fué unánime. Entonces fué cuando se comprendió lo que era depender del extranjero y de su generosidad. También habían manifestado los ingleses su intención de apropiarse algunas de nuestras Antillas, tales como las de Santa Lucía y Tabago, lo que nada valía en comparación de la isla de Francia. Luis XVIII, no pudiendo prever entonces el valor que podría prestar al desarrollo del comercio la isla de Borbón, dijo con apariencias de razón: «¿Pero qué es lo que quieren que hagamos con la isla de Borbón sin la isla de Francia? Esto es lo mismo que si nos diesen una plaza sin ciudadela. Que se lleven al mismo tiempo que la isla de Francia la de Borbón, si la quieren, y que nos dejen todo lo que nos pertenece en las Antillas.» Estas reflexiones eran justas en cierto modo, ¿pero á quién dirigir las, á quién hacerlas comprender? No había más recurso que someterse, ó entregarse á los impulsos de la desesperación.

Recurrimos á comunicarnos particularmente con el personaje que disponía de todo en los asuntos marítimos y de casi todo en los continentales, con lord Castlereagh. Mr. de Talleyrand le encontró tranquilo y hasta afable, pero absoluto é invulnerable como una roca. No consiguió nada. Mr. de Vitrolles, menos reservado, tuvo una entrevista tempestuosa con este ministro y no provocó de su parte más que una confesión casi cínica de la ambición británica. «Todo punto que se halle en el camino de la India debe pertenecernos, dijo lord Castlereagh, y nos pertenecerá.» Mr. de Vitrolles recordó las generosas declaraciones que se nos habían hecho al traspasar el Rhin y más recientes todavía al franquear los muros de París; declaraciones que prometían respetar á la Francia y su grandeza, despojarla únicamente de lo que hubiera quitado á los demás, y de aquello que estando

en su poder amenazase turbar la seguridad general. Lord Castlereagh pareció dar á entender con su manera de obrar, que las potencias cumplían sus promesas no tratando á la Francia como se había tratado en otro tiempo á la Polonia.

Fué preciso someterse una vez más, porque no había medio de resistir aquellas desencadenadas ambiciones, ligadas todas contra nosotros. En presencia de aquellos actos, no podía hacerse más que una reflexión, reflexión en la que no caían nuestros opresores, y era la de que obrando de aquel modo presentaban á Napoleón menos culpable á los ojos del mundo y hacían menos populares á los Borbones á los ojos de Francia.

Después de esto ya no quedaba por resolver más que una cuestión, grave también, pero humillante si se la daba una solución desfavorable para nosotros, la de las contribuciones de guerra. De todas las potencias beligerantes, una sola tenía pretensiones respecto de este particular, una sola, la Prusia, la que nos daba margen á esperar que podríamos substraernos de su avidez. Todas las potencias de Europa habían recibido desde hacía veinte años la visita de nuestros ejércitos y sufrido las consecuencias inherentes á la presencia del enemigo, pero ninguna había sufrido tanto como la Prusia, preciso es confesarlo; y creía que sería indemnizada no sólo de las contribuciones que Napoleón la había impuesto, sino también de los daños que habíamos causado en su territorio durante la campaña de 1811. Pedía, por tanto, además de la restitución de los títulos de las contribuciones de guerra no satisfechos que ascendían á 140 millones cargados al presupuesto extraordinario, una indemnización de 132 millones, lo que no excluía que exigiese también su parte de la venta de nuestros arsenales y almacenes. Es cierto que la Prusia había sufrido mucho durante el tiempo de nuestras largas guerras; pero si se recuerda que esta nación fué la que en 1792 tomó la iniciativa de la agresión tan solo por mezclarse en nuestros asuntos, que en 1806 abrigó desatinados deseos contra Francia y que recientemente, durante la invasión, la conducta de sus soldados había sido odiosa, se convendrá en que nada podía echar en cara á la Francia, debiéndose dar por satisfecha.

Así es que nosotros debíamos haber estado menos dispuestos á ceder á sus exigencias que á las de cualquiera otra potencia. Su rey, honrado, pero avaro, tenía tanto interés en los pedidos de dinero que había hecho, como Austria en recuperar las provincias italianas, como Inglaterra en adquirir las plazas marítimas. Nos presentó, pues, su cuenta, invitándonos á examinarla, y si no con intimación de satisfacerla, al menos con un lenguaje que se asemejaba á la intimación.

Mr. de Talleyrand rechazó perentoriamente estas exigencias y declaró que no quería ni podía aceptarlas, pasando en seguida á dar cuenta de ellas al consejo real. Al saber sus pretensiones, nadie pudo contenerse y se experimentó, por fin, la desesperación de la que tan cerca habían estado más de una vez. El rey manifestó una indignación de la que todos participaron, y dijo que más bien gastaría trescientos millones en hacer la guerra á la Prusia que ciento en abonarla lo que pedía. Añadió que sabía cuánto valor daba la Francia á la paz, que el deseo de alcanzarla había entrado por mucho en el llamamiento de su familia; pero que el país no quería de

ningún modo soportar el exceso de humillación que se trataba de hacerle sufrir; que no llevaría á mal la resistencia que se opusiese á extranjeros que abusaban de una manera tal de la facilidad que habían encontrado para ser acogidos; y que en cuanto á él, lejos de creerse ingrato á los gabinetes europeos, los acusaba de ingratitud, porque tanta necesidad habían tenido de los Borbones para entrar en Francia, como los Borbones de ellos para volver á ocupar el trono. Por consiguiente, declaró explícitamente que estaba resuelto á rechazar todo impuesto que se tratase de exigir á sus súbditos.

El consejo en masa aplaudió esta resolución, deplorando de nuevo el funesto convenio de 23 de abril. El duque de Berry manifestó que con los prisioneros y los soldados de guarnición que podrían llegar á Francia se podrían reunir trescientos mil hombres, que era preciso ponerse al frente de ellos, lanzarse contra los coligados que no eran más que doscientos, ganando su familia para siempre con este acto de patriótica desesperación el afecto de los franceses. Mr. de Talleyrand no dijo nada en contra, y se contentó con hacer ver que aquellos trescientos mil hombres con los que se quería caer sobre los aliados, se debían al convenio de 23 de abril, tan amargamente censurado.

Mr. de Talleyrand, por más que rechazaba como el primero las exigencias de la Prusia, comprendió que el medio de lanzar los trescientos mil franceses contra los doscientos mil extranjeros era muy grave, hallándose en la isla de Elba el general que tan admirablemente sabía servirse de nuestros soldados; y procuró emplear mejor el lenguaje de la razón. Vió á lord Castlereagh, al emperador de Rusia y á Mr. de Metternich. Les dijo que el rey y los príncipes estaban resueltos á echar por tierra el tratado de paz, al ocuparse de aquella cuestión, sucediese lo que sucediese; que por otra parte se iba á comprometer por un miserable negocio de dinero no sólo la gran obra de la restauración de la paz, sino la de la restauración del orden en Europa, porque no había un soberano que no estuviese muy interesado en la seguridad de Luis XVIII sobre su trono; que humillar de aquel modo á los Borbones, hacerlos impopulares, era trabajar en su daño, y que sacrificar tan altos intereses á la avaricia de la Prusia, era insensato, indigno y deshonroso. Lord Castlereagh, siempre razonable cuando no se trataba de los Países Bajos, del cabo de Buena Esperanza ó de la isla de Francia; Mr. de Metternich, siempre dispuesto á no apreciar con ilusión la conducta de la Prusia, dieron la razón á Mr. de Talleyrand. El emperador Alejandro, cuya delicadeza se avergonzaba de la avaricia de su amigo Federico Guillermo, participó del mismo modo de pensar, y todos juntos obligaron á la Prusia á ceder. La afición á la economía era en el rey de esta nación una virtud que degeneraba en vicio, y era capaz de olvidar la prudencia, con tal de satisfacer una inclinación tan arraigada en él.

La contribución particular que pedía la Prusia fué pues excluída, y sólo quedaba en pie la contribución común, fundada en el derecho de conquista, aplicada á los arsenales, á los almacenes y á algunas propiedades del Estado. Según el convenio del 23 de abril, los ejércitos extranjeros debían desde el mismo día en que fuese firmado este convenio abandonar la administración de las provincias invadidas, no imponer más contribu-

ciones y no conservar más tiempo en su poder ninguna de nuestras propiedades públicas; pero á pesar de esta cláusula, pretendían que se les debía, por efectos militares, almacenes conquistados, contribuciones atrasadas y cortas de maderas que habían mandado hacer en los bosques del Estado, una suma que no se avergonzaban en hacerla subir á ciento ochenta y dos millones; la mayor parte de esta suma debía adjudicarse á Prusia y la Inglaterra no debía percibir nada de ella, porque esta última potencia, tan inconsiderada al tratarse de la cuestión de territorio, no lo fué en la cuestión de intereses. Las tropas del duque de Wellington se portaban al Mediodía con una disciplina completa y un respeto absoluto á las propiedades públicas ó privadas. Por tanto se comprendía que los ingleses eran una nación ambiciosa, pero no avara.

Al ocuparse de esta otra mal disimulada contribución de guerra, el consejo real se mostró igualmente absoluto. Lord Castlereagh y Mr. de Nesselrode prestaron su apoyo á Mr. de Talleyrand; dos comisionados franceses, el general Dulafoy y el barón Marchand, encargados de verificar la liquidación, defendieron enérgicamente los intereses de la Francia, y se concluyó por reducir la suma á veinticinco millones, que sobre poco más ó menos era lo que debíamos pagar según los principios del derecho de la guerra.

La distribución del material de marina, contenido en los puertos cedidos por la Francia, se había aplazado, como recordarán nuestros lectores, para cuando se celebrase la negociación definitiva de la paz. Este material consistía en veintiséis navíos de línea á flote y veinte que se hallaban en los arsenales, en un crecido número de embarcaciones más pequeñas y en grandes provisiones distribuídas entre los puertos de Hamburgo, Bremen, Amsterdam, Rotterdam, Amberes, Flesinga, Ostende, Génova, Liorna, Corfú y Venecia: todo el material había sido comprado con el dinero de la Francia, y los lugares donde se había construído no habían hecho más que prestar los brazos y los primeros materiales, siendo pagados exactamente, lo que había sido una ventaja y no una carga, puesto que se había dado empleo á los habitantes del país y abierto un camino á sus productos. Únicamente estaba fuera de esta regla la flota holandesa, construída antes de reunirse al imperio, la cual por derecho debía pertenecer á la monarquía de los Países Bajos. En vista de esto se estipuló que la indicada flota fuese devuelta pura y simplemente por nosotros, y que de los cuarenta y seis navíos y demás embarcaciones inferiores que se hallaban distribuídas en los puertos anteriormente citados, se quedase la Francia con las dos terceras partes, pasando lo restante á las diversas localidades marítimas donde estaban. Esta decisión no fué completamente justa, pero la pérdida era poco sensible, puesto que la Francia poseía en sus puertos mucho más material del que podría emplear en un caso dado.

Todavía quedaba una cuestión pendiente, la de nuestros museos, y nada se habló de ella, no por olvido sino con intención. Los soberanos extranjeros se habían acostumbrado á visitar diariamente nuestros museos, á admirarlos tales como Napoleón los había formado, es decir, con las riquezas de la Europa civilizada, y creían deber respetar unas colecciones por las que tanta admi-

ración habían manifestado y en cuya exhibición habían sido tan cordialmente recibidos. Además la mayor parte de los objetos pertenecían á la Italia meridional y á España, que no inspiraban gran interés á las potencias representadas en París, y la cuestión debía decidirse entre las citadas naciones y el orgullo francés, cuya satisfacción se deseaba. Nos dejaron pues las obras maestras conquistadas por nuestros ejércitos; nos las dejaron por preterición, si así puede decirse, absteniéndose de hablar de ellas. Pero en las conversaciones particulares no se dejó de mencionar la importante concesión que se nos hacía, y á decir verdad, lo era efectivamente de un interés moral considerable.

El tratado de paz fué concluído el 30 de mayo, calificado de tratado de París y encerrado en instrumentos idénticos pero separados, firmados con Inglaterra, con Rusia, con Prusia y con Austria, cuyas naciones se obligaron por toda la Europa. A estas firmas se unieron la de Suecia, á causa de la Guadalupe que había poseído algún tiempo, y la de Portugal, á causa de las porciones de la Guyana que nos restituían. La paz con España debía negociarse aparte, puesto que esta potencia no tenía ningún representante en París, lo que se comprendió por la situación en que se hallaba Fernando VII, que no había entrado todavía en Madrid; pero esto no debía causar temor, porque la paz con España, gracias á los Pirineos, era lo que más fácilmente podía arreglarse.

Por más que se debiese lamentar que no nos quedáramos con la frontera que hubiéramos podido poseer al lado de los Países Bajos indemnizándonos con ella de la del Rhin, y que probablemente hubiéramos conseguido no habiéndonos apresurado á subscribir el armisticio de 23 de abril ó aplazando hasta el congreso de Viena la conclusión de la paz definitiva; á pesar de esto, decimos, el tratado llamado de París, no era tan deplorable como al principio se creyó. Quedábamos exentos del pago de la contribución de guerra, conservábamos las inmensas riquezas en objetos de arte adquiridos al precio de nuestra sangre, y aumentábamos nuestra población sobre la de 1790 con Philippeville y Mariemburgo hacia los Países Bajos, adhiriendo por otra parte Landau á nuestro territorio por el lado del Rhin, y quedándonos con media Saboya por el de los Alpes. La única pérdida grande era la de la isla de Francia, que no podía menos de ser sentida en nuestros puertos. El tratado de París no era, pues, sensible, más que comparándole con los de Campo Formio y de Luneville, que sin amenazar la seguridad de la Europa, parecían habernos adquirido para siempre nuestras fronteras geográficas; y al pensar que esta adquisición sin los desaciertos del imperio hubiera podido ser eterna, el dolor de los franceses fué universal y profundo. Nuestros lectores no tardarán en ver la impresión que produjo en los ánimos el tratado de 30 de mayo.

El gobierno se propuso publicar las condiciones de la paz al mismo tiempo que la Constitución, en la que no había cesado de trabajar durante el curso de las negociaciones. Los monarcas aliados; que se veían en la precisión de volver á sus naciones, deseaban antes de marcharse ver terminados todos los asuntos de la Francia, y trabajaban para que Luis XVIII cumpliera las promesas que había hecho en Saint Ouen, de las que se